

Paul Veyne y la historia de Roma ⁽¹⁾

Traducción de
MARIA LUISA JARAMILLO



Paul Veyne, profesor del Colegio de Francia, acaba de publicar, bajo la forma de una entrevista, un autorretrato titulado *Le Quotidien et l'interessant* (Les Belles Lettres, 1995). Ha publicado entre otros *¿Cómo se escribe la historia?* (Le Seuil, 1971) y *Le Pain et le cirque* (Le Seuil, 1976, reeditado en 1995), obra consagrada al análisis de las relaciones sociales y políticas en la ciudad antigua.

L'Histoire: Se hace a menudo del ciudadano romano el modelo de las virtudes republicanas. En su libro *Le Pain et le cirque*, que acaba de ser reeditado, usted está en contra de estos prejuicios. Usted hace incluso una descripción de las relaciones cívicas entre el Imperio romano que nos es difícil representarnos hoy: de hecho, ellos se regían esencialmente por distribuciones de dinero, más o menos legales, entre los individuos —¿es esto lo que nosotros llamaríamos simplemente corrupción y prevaricato a gran escala?

Paul Veyne: En efecto. Precisemos en primer lugar que esta realidad se refiere a todo el período greco-romano, desde Alejandro el Grande, en el siglo IV antes de Cristo hasta la caída del Imperio de Occidente en 476. Porque el mundo de las ciudades griegas de Grecia y de Oriente fue también el del Occidente latino. Y esto es cierto tanto si la ciudad es independiente, como era el caso en Grecia, o que no lo sea, como en el Imperio romano, donde estaba sometida al poder imperial. La ciudad constituía el marco de pensamiento político de la gente, un poco como la Italia del Renacimiento: cada ciudad vivía a su propio ritmo.

Con este marco aparece un fenómeno que actualmente nos parece muy extraño

1. Entrevista con la revista *L'Histoire*, No. 193 de noviembre de 1995.

y que se llama el evergetismo. Se trata de un mecenazgo que se dirige no a la cultura sino a lo que actualmente se deriva de lo político y lo social, así como del impuesto —en resumidas cuentas, todo lo que pertenece al dominio público—. Ahora bien, en la Antigüedad, esta práctica fue muy generalizada. La cuasi-totalidad de los anfiteatros del mundo romano —se han encontrado cien— no son monumentos públicos sino que fueron ofrecidos por ciudadanos ricos. Esto es el equivalente de una represa. Imaginen que todo el sistema eléctrico francés hubiera sido pagado por mecenas... Las cuatro quintas partes de los monumentos públicos fueron ofrecidos por los ricos de la ciudad.

L'H.: Pero de todas maneras ¿existía un impuesto, legal, que se recibía de la población? ¿La noción de dinero público existía?

P. V.: No de la misma manera como lo entendemos actualmente. Eran precisamente los ricos, los miembros del concejo municipal, los que imponían el impuesto, y se cuidaban muy bien de eximirse de él, y de hacerlo recaer sobre las clases más pobres de la población —resarciéndose así ellos mismos de sus propios gastos suntuarios...

L'H.: Exceptuando los “grandes trabajos” de los cuales acaba de hablar, ¿cuáles eran los otros gastos que tomaban a su cargo los ciudadanos ricos? Y ¿cómo se los repartían?

P. V.: En una ciudad pequeña, los habitantes son ciudadanos y tienen derecho al baño público —así como actualmente tienen derecho a la seguridad social, éste es el lujo de la época—. El baño público supone leña para calentar el agua y el aceite que, en esa época, servía de jabón. Había que distribuirlos gratuitamente. El

concejo municipal, compuesto por treinta o cien ricos y nobles del país, se reunía. Se escogía el que iba a pagar, a costa de él, el baño público de sus conciudadanos. En la práctica esto se realiza por turnos. Tenemos discursos típicos de esta época: “Nuestro compatriota fulano es un hombre rico, generoso. Ciertamente está empeñado en pagar los baños públicos este año. Sufre desde hace mucho tiempo por no haber podido ofrecer nada a nuestra ciudad (se sobreentiende: ¡él se escabullía desde hacía años!)”. El otro protesta: “No tengo ni un centavo”. “Claro que sí, es evidente que tienes dinero”. El pueblo está a la entrada del concejo municipal, grita y hace bulla. El rico siente que, si sale sin haber ofrecido los baños públicos, va a ser abucheado o tal vez algo peor. Y termina por ceder...

L'H.: ¿Entonces los ricos pagaban rentas a los pobres?

P. V.: Mucho menos de lo que se cree. En el caso de una carestía grave, en efecto, los ricos tenían que hacer un esfuerzo. En esa época, un hombre rico tenía, en la ciudad, una reserva de cereales producidos en sus tierras con el fin de revenderlos más caro en los años de carestía. Pero cuando la carestía era demasiado grave, corría el peligro de que se produjera un motín si no abría sus graneros o si vendía el pan a un precio excesivo. Este es un juego incesante de la lucha de clases... Y el rico no dejará de alabarse por haber vendido su trigo por cuatro denarios menos que en la ciudad vecina.

L'H.: Había otra categoría de la población que era asalariada, esta vez por el gobierno imperial: el ejército. ¿Tenemos pues que imaginar al ejército romano como a un ejército privado, al servicio del emperador, más bien que como a un ejército de ciudadanos?

P. V.: No. En esta época, el cuerpo del ejército no son los oficiales, como en un ejército medieval o moderno, sino que está constituido por los nobles, con una masa de plebeyos por debajo, que no son sino carne de cañón. En los ejércitos antiguos, el cuerpo del ejército son los soldados. Cuando el emperador hace campaña, reúne no a su estado mayor sino a sus 60.000 o 100.000 soldados. Les explica su estrategia y los soldados están de acuerdo o no. Por esto, el emperador tiene, no un cuerpo de oficiales para cuidar el imperio, sino 100 o 200.000 soldados a su disposición. Es un ejército de ciudadanos. En este ejército el sueldo es fijo. Pero teniendo en cuenta la relación privilegiada que existe entre el emperador y sus soldados, es evidente que éste debe hacerles además regalos en dinero. Si no lo hace, los soldados se rebelan.

L'H.: ¿El emperador no está interesado en suscitar el descontento de los soldados, ya que aquellos juegan un papel no desdeñable en su ascensión al poder?

P. V.: En efecto, pero con la condición de que cada cuerpo del ejército envidie a los otros. Cada vez que hay una crisis cada uno considera que su favorito será el mejor para defender el imperio. Y de esto se deriva una serie de pronunciamientos y de guerras civiles. —¡Y pobre del soberano que ya no agrade a su ejército!—. En el siglo en el que el Imperio Romano va mal, de treinta emperadores conocidos, tres murieron en su lecho, de ellos uno de peste; los otros veintisiete murieron en el campo de batalla o fueron asesinados por incapacidad...

L'H.: ¿Y la dádiva de los emperadores a sus soldados era una manera de evitar esa suerte?

P. V.: Realmente no: es más sutil. Los soldados no se compran. Es aquí donde es-

tá el matiz. En ese mundo, usted no compra la gente. Usted les prueba al darles el dinero que en efecto usted los ama. Es una relación amorosa —pero es un poco más complicado que la simple prostitución.

L'H.: El emperador no es el único que distribuye regalos. Los ricos Romanos también, cuando tratan de rodearse de clientes...

P. V.: Hay que distinguir bien el clientelismo y el evergetismo: cuando un rico ciudadano hace regalos a sus conciudadanos, éstos no son sus clientes. Los clientes privados constituyen por el contrario verdaderas mafias. El capo mafioso antiguo tiene una relación personal con cada uno de sus clientes: él los escogió, ellos componen su familia... Esto es en realidad la antítesis del evergetismo que consiste en hacer regalos a sus conciudadanos sin la idea de echárselos al bolsillo, al rendirles homenaje colectivamente. Mientras que reclutar protegidos personales no es la extensión del cuerpo cívico, es más bien su negación, en la medida en que se trata de constituirse para sí solo toda una red de hombre a hombre.

L'H.: ¿Y para qué servía toda esa red?

P. V.: Para hacer sentir al gran personaje que él es grande. Todas las mañanas, cien personas vienen a saludarlo a la hora del desayuno. Y estas personas reciben a cambio la moneda que les permitirá comer en una época en la que tener con qué comer era un problema cotidiano para las cuatro quintas partes de la población.

L'H.: ¿Qué llevaba a las personas ricas a gastar de esta manera sus ingresos para ofrecer a sus conciudadanos servicios públicos?

P. V.: Hay dos razones. En primer lugar, estamos en lo que yo llamaría un sis-

tema de superioridades acumulativas. Con esto quiero decir que, entre nosotros, un millonario no es necesariamente, e incluso en muy raras ocasiones, diputado —la Cámara de diputados no está compuesta por las grandes fortunas de Francia, la política es un oficio—, más raro aún ministro y no es necesariamente un gran escritor, esto es más bien raro, ni es un hombre culto. En algunas sociedades antiguas, por el contrario, como en el mundo greco-latino, todo el mundo tiene las mismas superioridades a la vez. El rico es al mismo tiempo un hombre cultivado, o se supone que lo es (lo que es lo mismo): es el único que ha hecho estudios que podríamos llamar superiores. Y gobierna.

L'H.: La riqueza sería pues el criterio de la excelencia...

P. V.: Exactamente. Y para manifestar esta excelencia, hay que mostrar que se es rico, se necesita ser liberal —es lo que los Antiguos llamaban la magnificencia—. Y es adornando la ciudad con monumentos públicos como se muestra que se es un rico particular. Porque la ciudad es la propiedad de los notables: son ellos quienes la gobiernan y son ellos los que ponen su dinero en común para decorarla.

L'H.: ¿Y la segunda razón?

P. V.: Es menos importante ser rico que tener personas que estén sometidas —éste el sistema de la propina—. Al distribuir generosamente el dinero, usted dispone de una autoridad, la gente está a su servicio. Los notables se comportan pues como pequeños reyes locales.

Y además, habría que dar una última razón, que considero irracional, extraña, que es el prestigio: un rico es prestigioso, así como un perro grande es admirado por los perros pequeños, es tan simple como eso. Esto se ve en los pueblos de Francia: los viñateros elegirán como alcalde al más

rico de ellos; no es que ellos dependan de él, sino que es el más prestigioso: eso los honra.

L'H.: ¿No hay también ningún cálculo político detrás: pagar a sus conciudadanos para conservar sus favores?

P. V.: Hay un cálculo político. Pero esto no quiere decir que los notables sometan al pueblo al darle subsidios. Esto quiere decir que se está en un Estado tan antiguo, tan arcaico, que no tienen necesidad de comprarlo: la admiración de la riqueza es tal que ya está sometido.

L'H.: ¿Puede decirse que el emperador ofrece al pueblo los juegos del circo para que se olvide de los asuntos públicos y de la crítica política?

P. V.: No, porque esto no ocurre sino en Roma. El emperador no se comporta como un evergeta sino en su ciudad. Cuando se trata de someter las provincias, se debe regresar a la gran política, la que impone la inversión de medios y de que se corran riesgos. La ciudad de Roma es un elemento folklórico, una vitrina. El emperador allí es una especie de vedette local —como el Papa hasta hace cincuenta años.

El sentimentalismo juega un papel enorme en la política antigua. El pueblo de la ciudad de Roma quiere ser amado por el emperador. Pero, a cambio de eso, el emperador no lo puede desdeñar, si no no está contento. Y si el pueblo no está contento, aclama menos al emperador, y éste es desdichado... Ahora bien, el medio del que dispone el emperador para probarle a Roma que él la ama, es darle juegos. El no compra la opinión de una ciudad que, en resumidas cuentas, no le interesa. Es únicamente una cuestión de imagen. De todas maneras, bajo el Imperio, el pueblo de Roma es despolitizado: es monarquista y no vota.

L'H.: ¿Todos los emperadores supieron responder a esta expectativa del pueblo?

P. V.: Hubo dos tipos de emperadores. Los que eran serios, graves y no daban juegos, así fue la mitad de ellos. Y los que daban muchos juegos. Este es el caso de Nerón: el pueblo lo adoraba pero los notables lo detestaban, estaban celosos. Hay que escoger: o se favorece a los nobles, o se es el rey de la plebe.

L'H.: ¿En esa época se formuló una crítica política al evergetismo?

P. V.: Sí. Algunos por racionalismo político estimaban que era escandaloso que los ricos tuvieran que despojarse para dar placeres a la plebe, afirmaban también que había cosas políticamente más importantes que divertir al pueblo. Pero, cuando hay motines en la ciudad, tensiones internas, el emperador se niega a quitar los juegos. En efecto, la población posee un arma: la bulla, que consiste en hacer un pequeño motín o en propagar disturbios en la ciudad, y a insultar al rico que ya no puede salir sin que se burlen de él. No lo soporta: es el signo de que ha perdido todo prestigio.

L'H.: ¿Y las críticas no iban nunca más lejos?

P. V.: Se vieron escándalos, por ejemplo en el caso de funcionarios que vivían de las "generosidades" de sus administrados. Recordemos en lo que a esto se refiere que, en el Imperio Romano, los funcionarios son señores; ahora bien, no se aborda a un señor sin llevarle presentes: ésta es la institución del bakchich ⁽²⁾ —que no es propia del Imperio Romano, ella existe en todas las sociedades antiguas—. Se

2. N. de la T.: palabra de origen persa que significa soborno.

podría afirmar que los derechos de justicia actuales son por otra parte una supervivencia, oficializada, de los bakchichs que se daban entonces a sus jueces.

Sin embargo, estas prácticas, llevadas al extremo, pueden producir un escándalo. El caso que más frecuentemente se ha citado es el de Verres, que en el siglo I antes de nuestra era, puso a Sicilia, de la cual era gobernador, a pagar indebidamente impuestos, y que compareció ante el tribunal por esto, en un proceso que ha sido famoso, en el que Cicerón fue el vocero de la acusación. En realidad, el escándalo comienza si los excesos son públicos o si a uno lo cogen. En el caso de Verres, esto había llegado a proporciones inimaginables. Y además, había cometido unos crímenes. Esto se volvía la anarquía completa: había perdido la cabeza, deshonoraba a su clase. La diferencia entre Verres y todos los otros gobernadores que roban, es la que puede existir entre las extorsiones normales de cualquier municipalidad francesa, y Chicago controlada por Al Capone. Esto era público, era confesado y además por procedimientos violentos. Cicerón, sólo robó dos millones durante su año en Cilicia. Esto es muy poco y él se enorgullece de ello: "¡Regresé sólo con dos millones de sesteracios!".

L'H.: De todas maneras, los ciudadanos romanos se escandalizaban también de ciertas prácticas éticas electorales: hubo leyes contra las "maniobras" —el hecho de buscar por medios financieros, el sufragio de sus conciudadanos. Comprar a los electores no era tan aceptado...

P. V.: En efecto. Se trató de establecer una tarifa para reglamentar la maniobra electoral bajo la república, ya que las sumas no dejaban de aumentar. Esto se podría comparar con la limitación de arma-

mentos entre países rivales. El único que hizo sinceramente una condena moral a esto, es un hombre célebre por su ingenuidad: Catón el joven, que vivió en el siglo I antes de nuestra era y que hacía un drama si se desviaba un centavo del dinero del Estado —un estoico, una especie de clergymán laico, que no hacía nada como todo el mundo.

L'H.: Entonces, cuando los filósofos lanzan invectivas, utilizando las palabras "demagogia", "populismo", etc., ¿no es de ninguna manera en el mismo sentido de hoy, es pura retórica?

P. V.: No podemos ir hasta allí: creo sin embargo que el filósofo estaba por el lado serio del asunto. Le parece que los placeres, el pan, el circo, etc., son ridículos, u odiosos, o demagógicos, que con ello se malgasta el dinero del Estado, que sería mejor emplearlo de una manera más útil, y además que los ricos son los verdaderos pobres teniendo en cuenta todo el dinero que se les quita. De hecho éstos son los argumentos de clase más crudos, no hay que hacerse ilusiones.

L'H.: Para concluir, ¿cómo definiría el modelo político romano, las reglas de vida instauradas en la ciudad?

P. V.: Es un modelo político que reposa sobre dos ideas fundamentales. En primer lugar, una ciudad antigua se parece a lo que actualmente es un partido político militante. Los ciudadanos no están en la ciudad para recibir allí ventajas y beneficios a cambio de su desvelo por lo cívico. Es gente dedicada a una causa. Dicho en otras palabras, no es una sociedad de felicidad por acciones, es una organización en la que todo ciudadano se dedica a la causa: la defensa de la ciudad, su grandeza. Es el militantismo cívico.

La segunda idea es el estatuto muy concreto del ciudadano. Entre nosotros se admite que a cambio de los beneficios que nos da la sociedad, pagamos impuestos, calculados hasta el último céntimo. El ciudadano es entonces un ente abstracto, una persona jurídicamente definida, que tiene sus derechos y deberes. Si quisiera hacer más se sospecharía de querer comprar al Estado. Mientras que en la Antigüedad, el ciudadano se pone al servicio de la ciudad con armas y bagajes, es decir su riqueza por ejemplo. No es una persona jurídica, sino un individuo que permite que la ciudad se aproveche de todos los recursos que él posee. Los emperadores romanos son Berlusconi riquísimos que llegaron al poder gracias a su inmensa riqueza. Augusto pagó con su fortuna una gran parte de los gastos de la Italia romana. El emperador es el propietario más grande de su reino, posee tal vez la veinteava parte de las tierras del imperio.

En realidad, éste es el reino de lo no jurídico. El Estado no es verdaderamente un Estado de derecho y los ciudadanos no son intercambiables; son lo que son. Es un civismo concreto, improvisado, informal, individual, una mezcla de desigualdades económicas y de solidaridad cívica donde, en ningún momento, se pasa por el mismo molde al rico y al pobre para sacar de allí al ciudadano puro, modelo 1793, con todos sus derechos y sus deberes definidos por el código.

L'H.: ¿Es también una vida pública donde las nociones de opinión y de partido político no existen?

P. V.: Ciertamente. Allí no se definen grandes líneas políticas. De vez en cuando hay emperadores escandalosos. Y además los problemas, muy reales, de escasez. Por fuera de esto, no hay vida política en el sentido en el que lo entendemos hoy en

día. Se trata de la simple gestión de una sociedad pobre que se perpetúa siempre según las mismas reglas. La protesta es únicamente moralizadora. Es la crítica al estilo de Philippe de Villiers, que se hacía a la decadencia, a la ausencia del ideal...

Una referencia mítica a algo que nunca existió.

Entrevista realizada por
Veronique Sales.